

dios se hace presente y con él la coerción, “la lógica de la palabra escrita” (p. 19), vale decir, la huella estatal.

En suma, el trabajo de Campagno no sólo cuenta con un análisis historiográfico exhaustivo y una detallada traducción del principal cuento mitológico egipcio que *alguna vez explicó el universo*; sino que, por sobre todo, fue elaborado a partir de un detallado análisis histórico-antropológico que constituye un abordaje novedoso para una temática sumamente compleja.

ROMINA DELLA CASA

HOFFMEIER, JAMES K., *Israel in Egypt: The Evidence for the Authenticity of the Exodus Tradition*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996, xx + 244 pp., con ilustraciones y mapas, ISBN 0-19-509715-7.

“Las teorías interpretativas van y vienen, los hechos históricos permanecen”. Tal pareciera ser la premisa detrás de ciertos análisis de la historia de Israel que, haciendo caso omiso de los avances en las metodologías históricas de investigación y de las nuevas reinterpretaciones comprensivas de la evidencia literaria y material, continúan aferrándose a la idea de que toda evocación del pasado es en última instancia siempre histórica y de que los hechos evocados en ese pasado son objetos monolíticos que aguardan ser descubiertos por la teoría o la hipótesis apropiada. Por supuesto, no existe evidencia histórica objetiva. Y con esto no hacemos referencia a su existencia material y concreta sino al carácter unívoco de interpretación que hacemos de esta evidencia. En consecuencia, podemos discutir la procedencia de un fragmento de cerámica, podemos interpretar de diferentes maneras la cronología de los estratos arqueológicos, inclusive podemos especular acerca del origen y función de un artefacto arqueológico obtenido en algún mercado negro de antigüedades del moderno Medio Oriente. Ahora bien, es menester preguntarse, ¿podemos dictaminar la historicidad de una tradición antigua sin otra evidencia más que la tradición misma? Y, ya que toda interpretación del pasado se hace desde un presente determinado, ¿contemplamos en nuestra interpretación presente de ese pasado la intención de los autores que crearon esas tradiciones? Estas preguntas arriban luego de leer críticamente la obra que estamos reseñando, donde James K. Hoffmeier nos presenta una defensa –erudita y bien documentada– de “la autenticidad de la tradición del Éxodo” de los israelitas de Egipto, entendida en términos historicistas.

En el capítulo 1, "Israel's Early History in Recent Scholarship" (pp. 3-24), y en el capítulo 2, "The Origins of Israel: The Current Debate" (pp. 25-51), el autor presenta primeramente un rápido estado de la cuestión –hasta 1995– de las posiciones encontradas con respecto al modo en que las narrativas bíblicas pueden ser empleadas en la reconstrucción histórica y luego acerca de las diversas hipótesis sobre los orígenes del "Israel temprano" así como de la crisis actual que enfrentan los estudios bíblicos e históricos del antiguo Israel; una crisis que Hoffmeier relaciona directamente con la "*ola de escepticismo*" (p. 14) que las contribuciones de investigadores como J. Van Seters, Th.L. Thompson y P.R. Davies, entre otros, han producido al descartar gran parte de las narrativas bíblicas en la producción de una historia de Israel en Palestina. En respuesta a este escepticismo, el autor sostiene que en los estudios del Cercano Oriente todo tipo de fuentes debe ser integrado, incluyendo el propio texto bíblico, aunque Hoffmeier no toma en cuenta el carácter primario o secundario de las fuentes bíblicas ni las intenciones de sus autores.

El tercer capítulo, "Semites in Egypt: The First and Second Intermediate Period" (pp. 52-76), se introduce en el tema específico del libro y ofrece una presentación general de la presencia de elementos semitas o asiáticos (*ʿ3mu*) en Egipto entre 2190 y 1550 a.C. aproximadamente. Es bien sabido que poblaciones de asiáticos han estado entrando y saliendo de la frontera egipcia en el Delta oriental durante –al menos– todo el segundo milenio a.C. En efecto, observamos referencias concretas en piezas literarias como la Enseñanza para Merikare, la Profecía de Neferti y en varios textos del Reino Medio. Además de estas evidencias, las excavaciones en varios sitios del Delta (Tell el-Dab^a, Wadi Tumilat, Tell el Maskhuta, entre otros) han revelado también la presencia de elementos asiáticos en Egipto. Ahora bien, tanto la evidencia epigráfica como arqueológica que ofrece Hoffmeier no aporta más que un amplio escenario temporal de posibilidades de que elementos semíticos hayan existido en Egipto; de los israelitas del texto bíblico no poseemos ninguna evidencia concreta.

El capítulo 4, "Joseph in Egypt" (pp. 77-106), el capítulo 5, "Israelites in Egypt" (pp. 107-134) y el capítulo 6, "Moses and the Exodus" (pp. 135-163), pueden ser leídos como una simple paráfrasis racionalizadora de los episodios bíblicos. El capítulo 4 inicia con un número de consideraciones literarias sobre la figura de José, hijo de Jacob, vendido por sus hermanos a mercaderes del desierto que lo conducen como esclavo a Egipto. A estas consideraciones le siguen otras de carácter lingüístico y sociológico que analizan el posible status de José en Egipto, luego de alcanzar su libertad e

ingresar en la corte del faraón. El capítulo 5, por su parte, intenta trazar paralelismos entre las descripciones que se pueden observar en el Papiro Anastasi y ciertos materiales provenientes de Deir el-Medinah y en las narrativas del Éxodo, y probar que *“la asignación de cuotas de trabajo, a veces insostenibles, los problemas de fabricar ladrillos sin paja, y la cuestión del permiso para adorar a la deidad personal”* (p. 115) son comunes a estos documentos. La intención del análisis aquí es confirmar que las condiciones sociales reflejadas en el libro de Éxodo coinciden con aquellas presentes en materiales egipcios del segundo milenio a.C. Otro elemento probatorio en este capítulo es la identificación de las ciudades de Raamsés/Ramesses y de Pithom (Éxodo 1:11), construidas por los israelitas cautivos, y de la tierra de Goshen (Éxodo 8:22; 9:26), donde habitaban los israelitas, con ciertos sitios del Delta egipcio. El capítulo 6 aborda el estudio de la figura de Moisés en contexto egipcio, primeramente a partir de los estudios literarios realizados en las últimas décadas con relación al motivo del “rescate de las aguas” (y la presencia de elementos egipcios en la narrativa de Éxodo 2:1-10), al nombre de Moisés y sus conexiones lingüísticas con el egipcio, y luego en referencia a la presencia de Moisés en la corte real y su posterior huida y refugio en el desierto. Finalmente, se realiza una racionalización de las diez plagas de Egipto, enviadas por Dios al faraón y su pueblo por impedir la salida de los hijos de Israel del país, haciendo uso de análisis climatológicos y bacteriológicos para explicar los fenómenos producidos por el castigo divino.

En el capítulo 7, “The Eastern Frontier Canal: Implications for the Exodus from Egypt” (pp. 164-175), encontramos, quizás, el aspecto más novedoso de la investigación de Hoffmeier. La utilización que hace el autor de mapas satelitales de la región oriental del Delta del Nilo para tratar de reconstruir los antiguos lechos fluviales que pudieron haber existido hacia el siglo XIII a.C., es ciertamente una aproximación interesante para tratar de evidenciar el Éxodo israelita. Con todo, y de nuevo, Hoffmeier nos presenta solamente condiciones de posibilidad histórica, no evidencias concretas.

El capítulo 8, “The Geography and Toponymy of the Exodus” (pp. 176-198) y el capítulo 9, “The Problem of the Re(e)d Sea” (pp. 199-222) abordan problemas y cuestiones relativas al posible itinerario seguido por los israelitas luego de librarse del yugo faraónico y salir de Egipto. Al análisis de las diversas hipótesis sostenidas para dar cuenta de este acontecimiento bíblico, se agrega una discusión literaria sobre el cruce del “mar de las cañas” (*yam suf*), erróneamente traducido por los primeros investigadores como Mar Rojo.

Finalmente, en el capítulo 10, “Concluding Remarks” (pp. 223-227), se evidencia que la aparente premisa metodológica detrás del análisis histórico del autor es que condiciones de posibilidad histórica pueden ser tomadas

como evidencia histórica y, no obstante lo evidentemente erudito de su análisis, se evidencia la debilidad de esa premisa cuando se trata de comprobar acontecimientos históricos singulares. En otras palabras, hallamos una confusión entre la verdad que el discurso mítico de la tradición bíblica crea y la verdad que el discurso historiográfico moderno construye. De hecho, el propio autor nos indica al comienzo de su obra que *“no existe en el presente evidencia directa de la presencia de Israel en el Delta del Nilo durante el segundo milenio a.C.”* (p. x). Aun así, se esfuerza por demostrar condiciones de posibilidad de su presencia en Egipto.

En términos historiográficos, la voz de una tradición que trasciende hasta nosotros –por cualquier medio– debe ser escuchada en su propio código, en su propio lenguaje. La narrativa del Éxodo de los israelitas de Egipto puede o no tener un trasfondo histórico, esta es una contingencia que no queda descartada ni probada sobre la base de la evidencia disponible; sin embargo, no es éste el tipo de pasado que la narrativa bíblica evoca. Este pasado es mítico. Y, visto a través del prisma mítico que interpreta y evoca el pasado, cualquier resabio histórico –de existir– queda notablemente distorsionado como para poder ser utilizado en una interpretación histórica moderna. Pero, en efecto, nadie niega la autenticidad de la tradición del Éxodo. La tradición es auténtica, precisamente, por la sola razón de existir.

EMANUEL PFOH